

Me hice el tonto y, mientras me dejaba interrogar, le demostré que jamás había habido entre ella y Desportes más que simple compañerismo. Esta es la palabra propia entre dos anarquistas; y ya ha visto usted lo que ha sido de su simpatía por el compañero de usted.

— ¡Qué admirado estará Desportes cuando se vuelvan á encontrar, así que note cómo varía el apretón de manos!

— Otro estará más admirado aún, dijo Casal señalando al Ministro, con la punta del cigarro que acababa de sacar de su bolsillo. Sería él si se le contase por qué le gustaban las novelas de ese señor y por qué ya no le gustan. Mañana las aborrecerá... Y gracias que no conoce el secreto de su simpatía pasada ni de su aversión presente. Sería capaz de confesarse de ambas cosas como de un pecado.

— ¿Y no tendría razón? Acuérdesese usted de la anécdota acerca del vinillo de Burdeos...

— ¡Justo! dijo. Y para corresponder á mi obsequio murmuró el último verso del epigrama sobre la Magdalena, dando una gran chupada á su habano:

« Y luego, vieja, arrepentirse... »

IV — Daisy

I

CUANDO madama Fauvel pensaba en Pedro Vivien sentía singular dulzura en acordarse de un humildísimo hecho ocurrido en el curso de sus relaciones. Veía en él la prueba de que el afecto que le tenía Pedro no era amor disfrazado. Esta evidencia le permitía entregarse sin defensa al placer de conversar con este hombre atractivo. No podía amarlo: apenas tenía ella treinta años y él contaba cerca de los sesenta. Pero á esta edad un corazón varonil bien puede todavía ser víctima de estas pasiones tardías, tanto más violentas, tanto más dolorosas cuanto que carecen de esperanza, y Brígida Fauvel no era coqueta. No se asemejaba ni de cerca ni de lejos á la categoría de esas *Celimenas* que el lenguaje de nuestra época pinta con el nombre cínicamente expresivo de « encendedoras ». Había lealtad en sus claros ojos azules, que no hubieran tenido para el huésped casi diario de su saloncito de la avenida Montaigne esta mirada tierna y acariciadora, si no hubiera estado muy segura de que las asiduidades de Vivien hacia ella denotaban una simpatía muy intensa, muy viva, pero ajena en absoluto á toda emoción sentimental. Si hubiera dudado de ello, hubiese encontrado la prueba en los mimos que su visitante prodigaba á otro familiar del salón — aun más favorecido que él; pues éste no se separaba casi nunca de la graciosa madama Fauvel. — Éste, ó, mejor dicho, ésta, era una perrita faldera de raza inglesa del género llamado Blenheim, por alusión al castillo histórico de los Malborough, donde se conserva el tipo más fino de esta

raza. El inteligente animal no sólo representaba un escogido ejemplar de su especie, con sus grandes ojos negros, saltones, de expresión casi humana, su nariz chata, su frente saliente, sus largas orejas y el sedoso pelo con manchas leonadas; se la había regalado á Brígida, en otro tiempo, uno que también durante años había visitado diariamente el salón de la avenida Montaigne, por motivos menos desinteresados que los de Pedro Vivien. Mal casada con un hombre de negocios que no se había unido á ella sino á causa de su fortuna, y del cual estaba completamente separada de hecho, aunque vivieran oficialmente en la misma casa, madama Fauvel había tenido, en su vida, relaciones, empezadas como tantas otras, con la culpable, pero romántica esperanza de duración infinita, y brutalmente terminadas por el abandono. El héroe de esta vulgar aventura había dejado á Brígida por una amiga de la joven y en condiciones crueles. Ésta no había podido ocultar bastante su sufrimiento á los ojos implacables del mundo inquisidor. Á la par había sido abandonada y deshonrada. La delicada y respetuosa lástima con la cual supo Vivien rodearla en estos dolorosos momentos, habían hecho más íntimas, relaciones que hasta entonces parecían superficiales. El hombre de cincuenta y seis años había adivinado el drama moral que atravesaba la desgraciada. Y ésta sintió tan tierno agradecimiento, que se había abandonado á la dulzura de inspirar lástima.

— ¿Cuándo lo volveré á ver? había empezado por decir á Pedro, al final de cada visita.

— Esta semana, contestaba al principio él. Luego: Pasado mañana, y después: mañana.

Y en lo sucesivo ya no le preguntó nada. Y naturalmente vino todos los días á eso de la dos. Estaba casi seguro en este momento de encontrar sola todavía á madama Fauvel. Era para el solterón que se acercaba á la vejez, una impresión deliciosa la que experimentaba al acercarse al hotelito, donde estaba seguro de encontrar tan cariñosa acogida. El solo aspecto de la casa le era como una promesa de amistad. Todo le agradaba en estas visitas; el saludo familiar del conserje advirtiéndole con

una inclinación de cabeza que madama Fauvel estaba en casa; el gesto del lacayo tomándole el bastón y el abrigo con la diligencia que muestran los antiguos criados para con los íntimos de la casa, el aspecto de las cosas en torno suyo mientras subía los escalones de la gradería entre los cuadros, los tapices y las plantas de adorno. — Sí, todo, hasta los saltos afectuosos con los cuales Daisy — tal era el nombre de la perrita — lo saludaba dándole á su modo la bienvenida. Le miraba con sus anchas pupilas, poniéndose en dos pies, y apoyando en él las manecitas. Solicitaba de este modo una caricia que Pedro Vivien le otorgaba de buen grado, y se sentaba siempre en la misma butaca — que ya consideraba como suya, — en el mismo ángulo de la ventana si era en verano, junto á la chimenea si era en invierno, mientras que Brígida Fauvel, entornando los párpados de pestañas tan rubias como sus cabellos, le decía:

— Daisy lo quiere á usted más que á mí. Nunca me hace tantas fiestas.

— Me quiere porque comprende hasta qué punto soy amigo de usted, contestaba Pedro, y acariciaba al lindo animalito con una complacencia que no hubiera tenido si Daisy le hubiera recordado un rival dichoso de los tiempos pasados. Luego no estaba enamorado de madama Fauvel. De estarlo, la sombra del otro hubiera surgido entre ellos. Sabía que la perrita había sido regalada á Brígida por Alberto Dehandy, el antiguo amante. Estos irracionales celos, suscitados por objetos más insignificantes, son la verdadera firma de las pasiones ocultas, y la antigua amante de Dehandy tenía derecho á pensar:

— En realidad es verdaderamente, mi amigo; nada más que mi amigo. Y acordándose de las horas desesperadas que había pasado, por culpa del que le había regalado á Daisy, añadía mentalmente:

— ¡Cuánto mejores son los hombres en la amistad que en el amor!

Poco faltaba para que el recuerdo de estas penas pasadas — tan pasadas y sin embargo tan presentes aun después de tres años — no le diera un movimiento de mal humor contra el inocente animal.

— Pero no, se decía, la pobre no tiene culpa de ello. Y á su vez acariciaba pensativa á la perrita.

II

¿Era una anomalía este cariño de la mujer ultrajada y engañada por el único testimonio que guardaba de las rotas relaciones? No. Era la prueba de que no olvidaba ella las horas de embriaguez saboreadas con el amante infiel. La anomalía se hallaba en otra parte, en este afecto de Pedro por la viva reliquia de un pasado que no podía dejar de aborrecer. Pues él bien sabía lo que Brígida Fauvel no quería saber: que estaba profundamente enamorado de ella. ¡Ay! lo estaba con esa horrible lucidez del hombre que va envejeciendo, cuando la vanidad no le hace olvidar por su propia cuenta, las verdades más ciertas, las que ha comprobado tantas veces en los demás. Á cierta edad jamás le aman á uno con amor. Esta evidencia no se había opuesto á que se dejara alcanzar Pedro hasta lo más íntimo de su corazón por el encanto atractivo de Brígida. Pero había sido sin ilusión alguna. Había en él extremado dominio de sí, unido á una experiencia muy advertida. Su oficio y su naturaleza se habían reunido para constituir un hombre muy sobre sí, muy desencantado y, sin embargo, muy tierno. Antiguo diplomático, en una carrera algo errante, había observado mucho y vivido poco. No había encontrado durante su juventud la mujer al lado de la cual las demás mujeres se borran para siempre, tanto para el porvenir, como en el pasado. Amó, pero nunca completa y absolutamente. Estas sensibilidades masculinas, desencantadas por las circunstancias, parece como que guardan una reserva de emoción que gastan luego en abnegaciones románticas como la de Vivien por la señora Fauvel. El entrar en la intimidad de esta deliciosa mujer, había sido para él una delicia que se había jurado no estropear mezclando en ella confe-



... él llevaba á la Blenheim...
(pág. 221.)

siones y deseos que la hubieran colocado en un estado de defensa enfrente de él. Cuando le dirigió por vez primera esta pregunta, mientras acariciaba con la mano la cabeza de Daisy, á fin de captarse sus simpatías: « ¡Ay! qué lindo animalito; ¿de dónde lo tiene usted? » Se le había oprimido el corazón al oír la respuesta: « Es de Dehandy, que me lo trajo de Inglaterra. » Y en seguida se había violentado para no demostrar su íntimo disgusto. Había afectado querer atraer á la perrita. Ésta, inconsciente del motivo de una simpatía tan complicada, se había ido á refregar contra sus piernas con la

gracia flexible que tienen en esos animales acostumbrados á vivir desde muchas generaciones sobre muebles de salón en una atmósfera de mimos y de sociabilidad. Luego el gesto intencional había llegado á ser instintivo. Vivien había terminado por no separar ya la imagen de Daisy de la de Brígida Fauvel. Había perdonado su origen á aquella chuchería animada. Si acompañaba á la señora Fauvel en un paseo, él llevaba á la Blenheim en los brazos para hacerle atravesar sin peligro una calle de demasiado trán-

sito, y no se acordaba del ridículo que le hubiera cubierto á sus propios ojos, si Dehandy, de pie sobre el otro lado de la acera, le hubiera dirigido una de aquellas miradas de antiguo amante, insoportable para el nuevo. Y lo es aún más para el enamorado que no ha obtenido nada de esta mujer de la cual el otro lo sabe todo. ¡Qué sensaciones tan amargas! Imaginarlas solamente es un sufrimiento. ¡Vivien no se las figuraba, ni aun cuando se trataba de Daisy!

Este afecto por el animalito regalado por el hombre á quien detestaba más en este mundo, era, pues, muy sincero, y fué para él un verdadero dolor cuando al llegar á la avenida de Montaigne el portero le dijo desde el dintel de su puerta con una voz importante de hombre del pueblo que anuncia una grave noticia :

— ¿El señorito sabe que nuestra perra ha sido robada?

— ¿Daisy? preguntó Pedro con tanta ansiedad como si se hubiera tratado de una verdadera catástrofe.

— Sí, repitió el hombre. Esta mañana, José, el ayuda de cámara, la había sacado como de costumbre para darle un paseito... He aquí que la deja fuera para venir á contarme una tontería á mi cuarto... Yo no sabía que no la había vuelto á subir... Hablamos un poquito... Es preciso que vaya por Daisy, me dice. Vuelve á salir. Ya no se veía á Daisy. La llama, silba, como si tal cosa... Y el mayor-domo nos cuenta que mientras miraba por la ventana desde el segundo piso vió á una dama que acariciaba á una perrita blanca y canela. ¡Qué raro, una perra como la nuestra! ¡Y la dama tomó á la perra bajo el brazo y se marchó y él quedó pensativo en vez de bajar y correr!... Solamente salió cuando José hubo subido preguntando. ¿No ha visto usted á Daisy? ¿Entonces es ella la que han robado delante de mí?... exclamó. ¡En fin, señorito, la han robado y bien robada!

— ¿Cómo? ¿ha dejado usted robar á Daisy?... Al dirigir estas frases dos minutos más tarde al desgraciado José, avergonzado y confuso bajo la librea de antesala, temblábale á Pedro Vivien la voz con un rencor casi personal. Por poco también se lo tiene á la señora Fauvel al ver que soportaba sin desesperación la pérdida del

delicado animalito, asociada para él á todos los minutos de su intimidad.

— No me preocupo mucho, decía ella. La habrán tomado para tener una recompensa volviéndola á traer. Es muy sencillo; tiene el collar con su dirección. Esta noche ó mañana por la mañana veré llegar á alguien que va á contar que la ha encontrado en la calle. Recibirá sus cincuenta francos y ya está.

— Entonces, ¿por qué no la anuncia usted en seguida? preguntó Pedro.

— Mañana aún será tiempo, ó bien, pasado... Y moviendo su graciosa cabecita con ademán infantil como para hacerse perdonar su ingenua franqueza y un sentimiento muy cercano á la mezquindad. ¿Qué quiere usted? Me disgusta ser siempre explotada... No por el dinero, sino por el amor propio. Creo que aparentando poca prisa en encontrar á mi perra, pensarán los ladrones: ¡No le interesa tanto encontrar á la perra!... Y entonces su beneficio será menor. Resultarán chasqueados, y tanto mejor... ¡Algo es algo!...

— ¿No quiere usted permitirme que vaya á hacer la denuncia en el comisariato? insistió. Acuérdesse usted de que el animalito acaso se ha escapado de las manos de la ladrona. Y si alguien la ha recogido y simplemente llevado á la policía... El collar quizás se le habrá caído... De todos modos, esto no la compromete á nada... ¡Es tan sensible, tan impresionable!... Siquiera para evitarle una noche en la perrera, ya valdria la pena de esforzarse...

— Tiene usted razón, dijo Brígida. Pero, yo no me pirro tanto por los perros. Sin embargo, ésta era de verdad una personita. Y si usted me la encontrara hoy me pondría muy contenta.

En el comisariato del barrio no habia noticia ninguna; tampoco en la perrera adonde fué en seguida Vivien. Lo mismo en el asilo de Gennevilliers, donde se llegó el mismo día, aunque la presencia de la perra robada fuera literalmente imposible allí en tan corto tiempo. Al otro día, las mismas rebuscas y el mismo resultado negativo. La señora Fauvel se habia por fin dirigido á una agencia y en todas las paredes de los Campos Eliseos, multiplicábanse pequeños anuncios prometiendo fuertes recom-

pensas á quien trajera al hotel de la avenida Montaigne una perra de la especie llamada Blenheim, de edad, respondiendo al nombre de Daisy. Brígida empezaba, en efecto, por muy poco entusiasta de los perros que se declarase, á sentir parte de la inquietud de su amigo. Era un tema de conversación, siempre tomado y vuelto á tomar entre ellos ahora : ¿Dónde podría estar Daisy? ¿Qué estaría haciendo? ¿La habrían vendido á alguien que la tratara cariñosamente ó, bien al contrario, habría caído en manos brutales?

— Sin embargo, es bien inverosímil que, por nada, se la hayan robado. No es bastante joven para que un mercader ofrezca por ella un precio superior á la recompensa ofrecida, decía la señora Fauvel.

— Se la habrán robado por venganza, decía Pedro. Será la doncella que usted despidió el año pasado.

— Si está colocada en América, contestaba Brígida, más razonable que su buen amigo.

— Habrá aprovechado algún viaje de sus amos á París, insistía él. Y las suposiciones seguían hasta cierto día — ya habían transcurrido cuatro meses desde la desaparición de Daisy — en el cual Vivien, yendo á pie á su círculo de la calle de Boissy-d'Anglas se paró á causa de la lluvia bajo las arcadas de la calle de Rivoli. Un hombre paseaba, para tentar á los transeuntes, dos de éstos minúsculos *loups-loups* de Pomerania, verdaderos diablillos, en un manguito de pelo. Estos dos perritos eran todo lo contrario de Daisy. Largos hociquitos puntiagudos, orejas empinadas, patas largas y nerviosas, cola levantada en forma de penacho sobre el lomo y ojitos hundidos con una mirada de fuego fatuo, vivo y rápido. Esta comparación, por antítesis, fué la causa de que la atención de Pedro se fijara en aquellas dos joyas vivas. Uno de los *loups-loups*, viendo que lo miraba, y como si hubiera querido solicitar que lo libertara de la tiranía que evidentemente ejercía el horrible personaje que lo tenía atado con su compañero, se enderezó sobre sus patas traseras. Apoyó sus manecitas en la pierna del compadecido Vivien — lo mismo que hacía antiguamente Daisy — buscando febrilmente con su fresca nariz una mano que Vivien bajó hacia la cabeza inteligente levanta-

tada hacia él. Le vino la idea de que el lindo animal bien podía haber sido víctima de algún robo. ¿Lo habían arrancado á un interior de mimos para ser maltratado? Estaba delgado y enclenque á pesar de su ardor de vitalidad, y Pedro, extrañándose de sus propias palabras, oyóse decir al mercachifle :

— ¿Cuánto quiere usted por ese pomeraniano?

— Doscientos francos, contestó el otro.

— Aquí los tiene, dijo Vivien. Y diez minutos más tarde, en vez de sentarse en su círculo, en su mesa de *bridge*, bajaba de un coche de punto á la puerta del hotel de la avenida Montaigne. No estaba Brígida. No tomó más que el tiempo de escribir en su tarjeta : « No es Daisy; pero sin embargo haga usted buena acogida á este pobre Fu-Fu. » Así había bautizado repentinamente al perrito que no había dejado ni un momento de temblar con todo su frágil cuerpo entre las manos de su nuevo dueño. Y sin embargo, como si hubiera comprendido que este desconocido era un amigo para él, empezó á ladrar furiosamente cuando Pedro hubo cerrado la puerta, recomendando que cuidasen al animalito hasta que volviese la señora Fauvel.

— Esté usted tranquilo, señor Vivien, contestó el conserje. Si Fu-Fu no es Daisy, yo no soy José.

III

¿Habéis hecho amistad algunas veces en la vida con un perro, uno de esos humildes compañeros del cual un poeta ha podido escribir :

Frère à quelque degré qu'ait voulu la nature (1)

Entonces comprenderéis el semi-remordimiento que

(1) Hermano en algún grado que quiso la naturaleza.

afigió á Vivien al recibir aquella misma noche una esquelita de la señora Fauvel dándole las gracias por haber « reemplazado » á Daisy. Sintióse hasta cierto punto culpable hacia la desaparecida, por haber introducido en la casa, de la cual había sido la dichosa y única habitante, aquel inesperado huésped. El recién venido iba á dormir en el almohadón de la otra, beber leche en el tazón de plata dedicado á aquella — un regalo suyo — saltar en la falda de Brígida como la otra. Y el sentido de la superstición, legado por todos nuestros atavismos, se despierta con tanta facilidad en nosotros, que Pedro sintió esta oscura y penosa aprensión que la gente de pueblo concreta en esta fórmula vulgar : esto me traerá desgracia.

— Ya es ser demasiado niño, dijo encogiéndose de hombros. Y otro adagio popular le vino á la memoria que se repitió para exorcizar al fantasma : Los animales no son personas.

Cuando estamos en esta disposición singular que nos descubre, tras los acontecimientos fortuitos, la acción posible de las causas ocultas, la menor coincidencia la aviva y la ahonda. Veinticuatro horas después de haber comprado bajo las arcadas de la calle de Rivoli, el pequeño *loup-loup* de Pomerania, y al subir Pedro por los Campos Eliseos, tropezó en la esquina de la calle de la Boetie con un antiguo colega suyo perdido de vista desde hacia años. Ya se comprende los : « ¿Cómo? ¿Usted aquí? » « Sí. Ministro plenipotenciario, querido amigo. ¡ Soy ministro ! » « ¡ Vaya, cómo sube ! — ¿ Se acuerda usted cuando...? » Y los : « ¿ Se acuerda usted de estotro? » Los dos diplomáticos anduvieron unos pasos juntos. Luego otro poco hasta que el ministro dijo al otro :

— ¿ Vamos á tomar una taza de te? Almorcé muy temprano y ya son las cinco.

Uno de esos innumerables *tea-rooms*, que la invasión inglesa ha establecido en todas partes en París, lucía su puerta pintada de verde pálido y decorada con la complicación ya pasada de moda del estilo moderno. ¡ Cual no sería la admiración de Pedro Vivien al ver en una de las mesas, merendando alegremente, á la señora Fauvel en compañía de un caballero de su mundo, el

señor Victor Arnoult, cuyo nombre no había pronunciado dos veces delante de él. Él no sabía que tenían relaciones, y ya tenían bastante intimidad para instalarse uno frente á otro á solas. La señora Fauvel no había visto entrar á Pedro. Y éste, desde la lejana mesa donde el ministro y él se habían colocado, podía examinarla sin que lo notara ella. Veía sus gestos, el modo de mover la cabeza. Un espejo que estaba cerca le enseñaba el reflejo de este semblante, del cual conocía tan perfectamente la expresión distraída ó aburrída, despreocupada ó interesada. Arnoult contaba á la joven una historia que la divertía mucho, porque reía, llevando la taza de te á los labios, con su risa infantil, la misma que había tenido con él dos horas antes. Le había hecho su visita como de costumbre, á las tres ¡ y no le había hablado de esta merienda ! Este encuentro le fué tan completamente insoportable que en cuanto hubo bebido el primer sorbo de te, sacó su reloj y dejó allí á su amigo muy sorprendido de tan brusca salida, diciendo :

— ¡ Ay, caramba ! ¡ Qué distraído soy... ¡ Me olvidé que tenía una cita ! ¡ Con tal que no llegue tarde !... ¿ Usted me dispensará? »

— ¿ Dónde tenía la cabeza?, se dijo cuando estuvo fuera y solo. Este Arnoult no la corteja; yo lo sabría... Y aunque la cortejase... No tengo ningún derecho sobre ella. Pero no. La habrá encontrado por casualidad, como yo al ministro. Habrá entrado en este *tea-room*. No habría mesa libre y le habrá ofrecido él que se siente en la suya. Mañana me hablará de ello. Además, yo nada tengo que ver en esto. No he de empezar ahora á fastidiarla con mis celos. Sería demasiado grotesco...

Este razonamiento era la cordura misma. Y sin embargo, al otro día, el corazón del amigo desinteresado latió con demasiado apresuramiento al penetrar en el salón donde Brígida estaba, como de costumbre. Un aroma de tabaco indicaba que el marido había encendido un cigarro al tomar el café en la habitación, antes de irse á la Bolsa ó á otra parte, abandonando á su mujer, que le era perfectamente indiferente, á las intimidades inocentes ó culpables que pudiera tener. Hasta entonces á Pedro Vivien le parecía muy cómodo este alejamiento de

Fauvel y de repente le causaba una impresión desagradable. Esto probaba que Brigida estaba libre, demasiado libre. Ya una vez había abusado de esta libertad. ¿Ocurriría otra vez lo mismo? ¿No le haría la corte Arnoult? Y mientras Fu-Fu, no conociendo ya á su comprador de la antevíspera, ladraba contra él con la cólera de un perro aturdido, esta pregunta se presentaba en el espíritu de Vivien. Sin embargo riendo contó su día de ayer, menos el episodio de su entrada en el *tea-room*, á fin de provocar confidencias iguales, y su amiga empezó á contarle la tarde que había pasado, callando, igualmente, la merienda tomada en compañía de Victor Arnoult. ¿Por qué?

— Sí ¿por qué? se preguntaba Pedro bajando la escalera. Esta interrogación, una vez surgida en su espíritu, ya no iba á desaparecer más. ¿Cómo sacudir esta obsesión creciente? Por mucho que se decía que no era celoso, lo era, y en seguida empezó á entregarse á esta inquisición involuntaria, la más dolorosa de todas y la más lúcida, puesto que no deja de interpretar los menores síntomas y parece que un poder maligno se complace en multiplicarlos. Una semana transcurrió apenas y Pedro se había enterado de que la señora Fauvel veía á Arnoult todos los días, recatándose de su amigo; que visitaba con él los museos y exposiciones; que lo volvía á ver en casas donde él, Vivien, no iba; y en fin, que había en su vida una amistad masculina al lado de la suya. Se enteró también de que esta amistad era muy reciente. Esa era la explicación del silencio que guardaba con él. Hubiera debido, de haber sido lógico con su resolución de no tener sino un cariño desinteresado, ver en ello la prueba de la extrema delicadeza de Brigida. Había ella encontrado el medio de no variar con él en nada. Le había visto á las mismas horas que antiguamente, y el mismo tiempo. Había callado esta nueva amistad porque había comprendido que en algo habría de molestarle. Y, naturalmente, adoptó el procedimiento habitual á muchas mujeres cuando quieren conciliar cosas irreconciliables: el procedimiento de los cajones. ¿No colocan ciertas alhajas en un cajón y otras en otro, cuando arreglan un mueble? ¿De qué se podría quejar Pedro Vivien? ¿Acaso lo habían cambiado de cajón? Y esto no quitaba el que un mes después del ha-

llazgo del cajón Arnoult fuese Vivien el más desgraciado de los hombres, sin haberse atrevido, por supuesto, á hacerlo comprender á Brigida Fauvel. Tenía mucho miedo de descubrir que el cajón Arnoult era el mismo que el antiguo cajón de Dehandy y que la joven había tomado un nuevo amante. Tampoco se hubiera atribuido el dere-



... á la señora Fauvel en compañía de un caballero... (pág. 226).

cho de ofenderse de ello. El único indicio de su íntimo desagrado, era una aversión, casi un horror, ¿por quién? por el animalito que él mismo había ofrecido á su ingeniosa amiga, el *loup-loup* de Pomerania cuya entrada en la avenida Montaigne había coincidido exactamente con la revelación que le hacía sufrir. Esta antipatía se manifestaba de un modo tan cómico, que la señora Fauvel no podía menos de divertirse con ello.

— ¡ Es usted quien me lo ha dado y parece que tiene celos de este animal !... decía.

¡Ay, no era del gracioso animal tan ligero en sus brinco, tan vivo, tan fino, del que estaba celoso el titular del cajón Amistad, A. Era del cajón amistad, B. ¿Pero acaso era la palabra amistad la que había que leer en la etiqueta del cajón? Al ver que la señora Fauvel no quería comprender su evidente melancolía, Pedro se lo preguntaba con frecuencia, con demasiado frecuencia, y cada vez con una pena más profunda.

IV

En esto se produjo un incidente inesperado en absoluto. Una mañana, la doncella entró en el cuarto de la señora Fauvel con los ojos brillantes y la cara trastornada por una viva emoción.

— Señorita, señorita, balbuceó con la alteración propia de una noticia extraordinaria, ¡ha parecido Daisy!

— ¿Cómo? ¿ha parecido Daisy? dijo Brígida mientras acariciaba á Fu-Fu que mordía la cinta rosa pálido que llevaba su ama en los puños de la camisa de seda, sin sospechar la amenaza que la vuelta de la antigua favorita representaba para su voluntariosa y juguetona personalidad.

— Sí, señorita. Es una historia completa. La señorita recordará que ayer le dijo á José que fuese muy temprano á llevar un paquete de libros á casa de su hermana, calle de Varennes. Se le hizo tarde. Al llegar á la plaza de los Inválidos, vió en el reloj de la estación que no tenía bastante tiempo para ir y venir. Entonces llamó á un coche de punto; ¿y qué cree la señora que vió en el pescante, y entre las piernas del cochero? Una cabeza de perro que le hizo decir: se parece á Daisy. Hace por cariciar al animalito ¡éste le lame! Mira mejor y se dice: ¡pero si es ella! Pregunta entonces al cochero. — ¿Cómo es que la tiene usted? — La encontré acostada en la puerta de un almacén en Billancourt, una noche que diluviaba. Estaba del-

gada. Parecía que se iba á morir de hambre y de frío. La recogí y la guardé. Pero si es de usted... Es un bonito animal y muy noble... Solamente jamás juega... Entonces José fué á casa de la hermana de la señorita con el coche. Volvió con él. No hay duda, señorita, es Daisy. Tiene en la oreja él pequeño desgarrón que le hizo Tom, ¿recuerda la señorita? ¿Quiere la señorita que se le traiga la perra? La señorita verá cuánto ha cambiado: ¡habrá sufrido mucho!

— Sí, tráigala usted en seguida, en seguida, exclamó Brígida Fauvel. Y tome usted á Fu-Fu. Métalo usted en el cuarto de la ropa á fin de que no riñan en seguida...

Unos minutos más tarde, la camarista volvió, llevando en los brazos á la pobre perrilla manchada de barro, enflaquecida por la miseria; á esto había llegado la coquetona, fina y flexible Daisy, la bonita Bleinheim habituada á pasear su sedosa piel sobre los almohadones del automóvil. Los pelos sucios, los ojos legañosos, las orejas con tufo de pelos, y tolondrones de barro, el animalito de lujo se presentaba con el aspecto lamentable de un perro de ciego. Se había innoblemente ensuciado entre los zuecos llenos de barro del cochero y al arrastrarse en la cuadra. Ahora, estupefacta del milagro que la hacía de repente encontrarse en la decoración de su antigua existencia, miraba en torno suyo, como atolondrada de este fantástico cambio. Vacilaba, sin saber si estaba soñando o despierta. Todas las imágenes de estos cuatro últimos meses pasaban debajo de su frente adornada por una mancha leonada — signo de su noble raza. ¿Dónde había ido desde que la ladrona la cogiera en la avenida Montaigne? Para que no se hubiera quedado entre ninguna de las manos que la habían tenido, era preciso que éstas hubieran sido brutales ó malas. ¿Fué acaso vendida á gente que la habían entregado como juguete á niños perversos? ¿La habían confiado á criados que la trataban á puntapiés, aprisionada en perreras de mercados, donde otros animales más fuertes la mordían? ¿Había errado á través de las calles desamparada, atacada al paso por canes crueles, buscando alimento en los montones de basura, tiritando de frío en las noches frías como aquella en la cual el caritativo cochero había tenido lás-

tima de ella? ¿Qué visiones pasaban por sus anchas y profundas pupilas, de mirada aún más humana, mientras que su dulce ama de antaño la llamaba con ese nombre que había ya sido pronunciado... Daisy, Daisy. ¡Y de repente la ola de los recuerdos de su feliz existencia le invadió el cerebro y la desterrada se lanzó hacia la cama con ladridos de embriaguez y saltos de agradecimiento y emoción, y rompía las sábanas con las largas uñas manchando la fina batista, agarrándose á los encajes, arañando la delgada seda del cubrepies, desesperando á la doncella que gritaba :

— ¡ Ah ! eso no, señora, no... Que la señorita no la deje subir á la cama; lo va á ensuciar y destrozar todo...

— No importa, decía la señora Fauvel sonriendo. Pobrecita Daisy. ¡ Ah ! sí, cuánto habrá sufrido !... Diga usted que se le den cien francos al cochero. Vuelva usted pronto y que se la lave. Cuento con que hará buenas migas con Fu-Fu. ¡ Pobre Daisy ; ¡ pero de verdad que ésta sucia á más no poder ! Mire usted, agárrela y que José la lave en seguida...

— ¡ Y bien ! decía unas horas después á Pedro Vivien enseñándole la perra acostada en la alfombra del saloncito. ¿ La conoce usted ? Es su amiga Daisy. Ha parecido... No ha adquirido buen carácter en sus aventuras. No quiso comer nada y, mire usted, se ha colocado en este rincón de la ventana detrás de la cortina. Me había hecho fiestas en el primer momento y ya no me mira. No me contesta. Todo esto desde que ha descubierto la existencia de Fu-Fu, y él, al contrario, es tan bueno con ella que no pide más que juego...

Y como si hubiera querido suministrar una prueba indiscutible á este testimonio de su ama, el pomeraniano alargaba las patas en el suelo y colocando su hocico en ellas, ladró suavemente primero, luego con fuerza, hacia la enfurruñada perra. Ésta, hecha una bola, con las narices hundidas en su piel, blanca á la presente, abrió durante un instante los ojos sin moverse, luego los volvió á cerrar. En el suelo, al lado de ella, había un pedazo de azúcar que le había dado la señora Fauvel y que no había tomado. Lo recogió su ama y se lo dió otra vez.

— Es extraordinario, dijo ; vaya ¡ qué feo es ser celosa !

No se te quita nada. Yo te miraré lo mismo que antes. Vamos, come este azúcar ; sé buena...

Vanos halagos de palabras y de gestos á los cuales el animal siguió oponiendo una actitud, no de hostilidad, pues movió lentamente el rabo, pero sí de sistemática indiferencia. Visiblemente, mientras que el otro perro estuviera allí, no consentiría en comunicar con su común ama. Le decía claro que tenía que escoger entre los dos.

— No, volvió á decir la señora Fauvel contestando en voz alta al mudo reproche que contenía aquella negación y esta inmovilidad ; no, no lo echaré... Y tomando en los brazos al *loup-loup*, lo besó cariñosamente y lo llevó consigo, sentándose en su butaca acostumbrada, mientras le decía Vivien :

— Jamás me perdonaré haberle traído este horrible Fu-Fu.

— Y yo estoy contentísima con tenerlo, contestó la joven. Detesto la envidia ; no hay sentimiento que me parezca más mezquino y más bajo, sobre todo, insistió, cuando no se le quita á uno nada.

— ¿ Usted llama á esto no quitar nada ? dijo mirando alternativamente á la perrita Blenheim y al pomeraniano.

— ¿ Pero qué ? dijo ella.

— Le quita usted la dulzura de bastarle, se atrevió á contestar. ¡ Ah ! ¡ no basta á alguien ! repitió. Yo también comprendo lo duro que es, desde que... Yo tampoco... le basto á usted...

— Y yo, dijo sonrojándose, no le comprendo á usted... ¡ Tenía en los ojos al contestarle una invencible obstinación ! ¡ El surco que tenía entre sus finas cejas rubias, expresaba un disgusto tan cercano de la cólera !... El amigo celoso no prosiguió. ¡ Oh ! ¡ Sí ! lo había comprendido ella ; pero no había querido comprenderlo, así como no había querido comprender las susceptibilidades de la perra devuelta al hogar. Esta contestación y esta mirada eran la doble vuelta de llave dada al cajón.

V

Ah, señorito Vivien — decía al otro día el conserje del hotel, con la cara desencajada, al presentarse Pedro en la puerta del vestíbulo... ¿No sabe usted la desgracia? ¿Nuestra Daisy? ¡quién lo hubiera pensado! ha huido. — Sí señor. Esta mañana al abrir yo la puerta la vi que se iba de una carrera... Parece que le iba bien con el cochero, pues se paró delante de un coche para procurar saltar en el pescante. Creería sin duda que era él, pero no, era un bruto, señorito, y le largó un latigazo. Rueda por los adoquines. Precisamente pasaba un automóvil a toda velocidad. De modo...

— ¿La aplastó?...

— Sí señor. ¡Un animalito tan lindo y precisamente en el momento en que la habían vuelto a traer. No nos hemos atrevido á decirselo á la señorita. Pensamos que el señorito Vivien la prepararía mejor...

— ¿Yo? dijo Pedro. Precisamente venía á pedirle á usted que avisase á la señora que no me esperara hoy. Íbamos á salir juntos y no puedo acompañarla...

— ¡Vaya un tipazo! dijo el conserje vuelto á la sinceridad cuando su interlocutor se hubo marchado sin entrar. ¡Me pareció que iba á llorar por este feo animalucho!... ¡Imbécil! ¡No sabe!... Y pensando en la época en que Dehandy había traído á Daisy á la casa, el mal sirviente, que tenía el espíritu tan malévolo como simple, se echó á reír. Y Dehandy á lo menos era un gran tipo, ¡mientras que éste!... ¡Ah! ¿Cómo ha podido tomarlo, la señora?... Luego mirando la espalda algo cargada de Vivien, que se alejaba á lo largo de la Avenida Montaigne, se encogió de hombros. ¿Qué hubiera sido si hubiese adivinado que las asiduidades del visitante cotidiano no habían sido nunca recompensadas con un beso siquiera, y lo que representaba de tan delicadamente joven, en este corazón de más de cincuenta años, esta lástima por la celosa y desgraciada Daisy?

V— El último papel

I

ESTÁ muy malo, ¿no es verdad, señor doctor? preguntó el anciano al joven médico.

Este, un mozo alto, rubio, de mirada atrevida, de boca alegre, preparábase á subir en el cochecito automóvil que empleaba en sus visitas y que él mismo conducía. Se encogió de hombros, miró por el lado de la casa de la cual salía para asegurarse de si alguien le espía, y luego dijo brutalmente:

— ¡Está perdido! Y sin otro comentario, empuñó con el robusto brazo la palanca de embragado y la atrajo hacia sí. El motor empezó á jadear y trepidar, y el médico, instalado en el pescante, con las manos en el volante, partió, haciendo con la cabeza un gesto de despedida á su interlocutor que quedó inmóvil mirando también la casita alegre y clara, bajo el sol de aquella mañana de primavera. Era la clásica morada del rentista en una vieja ciudad de la Isla de Francia. Estaba situada en una de las calles de Nemours, no muy lejos del mercado y muy cerca de ese brazo del Loing llamado los *Pequeños Fosos*, que surca la ciudad á lo largo del hospicio, con su campanario semi-gótico y semi-renacimiento. Esta casa tenía dos pisos, cada uno con dos ventanas. ¡Las persianas pintadas de obscuro se abrían sobre plantas trepadoras tan frescamente verdes en esta época del año! Un jardincito se extendía delante de la escalinata. Dos grandes lilas en flor lucían sus ramas cargadas de racimos de color violeta que temblaban en el azulado ambiente. La sentencia de muerte pronun-